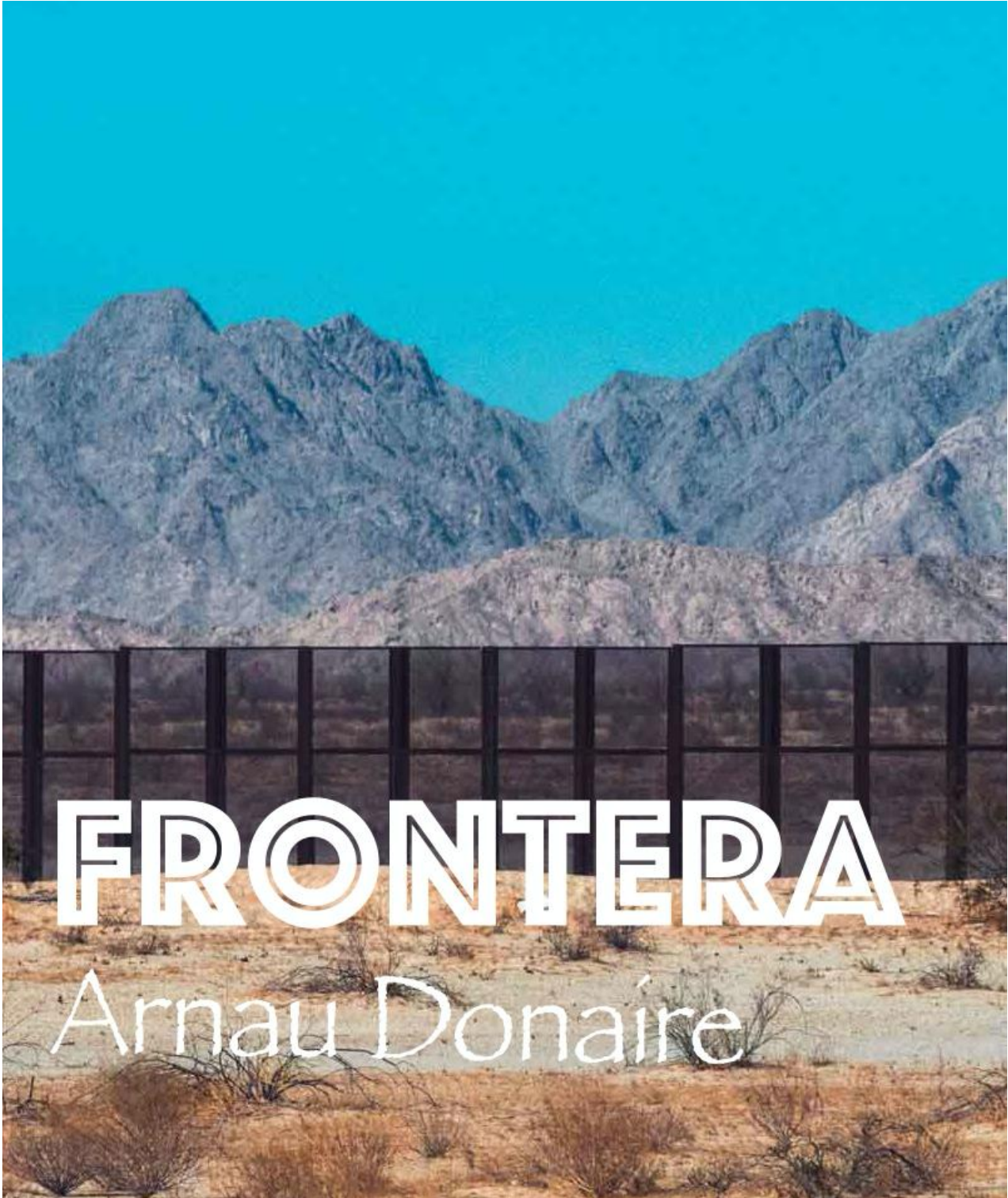


Frontera

Arnau Donaire



Capítulo 1

Radu

El país se ha llenado de gente muy mala, así que papá nos llevará bien lejos: a la casa de la playa donde vamos siempre de veraneo. La casita de verano se encuentra en un país vecino donde papá dice que estaremos seguros.

Aquí vivimos en una casa muy grande. Hoy nos levantamos muy temprano. Doña Tihana me prepara un desayuno que me gusta: las tostadas tienen dibujadas caritas con ojos y boca sonriente. Mamá y doña Tihana están un poco nerviosas; no paran de dar vueltas de un lado a otro. Papá da instrucciones mientras fuma un puro.

Cuando entramos en el coche, uno muy grande con banderas de colores a los lados, mamá me da mi erizo azul Sonic. Recorremos las calles muy rápido. Todos se apartan para dejar pasar a mi papá, pues él es muy importante.

En la salida del país hay unos hombres feos con muchas armas, pero mi papá nos hace pasar sin problemas. Por la tarde llegamos a la casa donde solemos ir los veranos; ahora viviremos allí un tiempo, según dice mamá, hasta que las personas malas se vayan. Por la noche papá llora mucho en su cama; mamá duerme conmigo, me dice que papá está triste porque ama a su país.

Capítulo 2

Vadimovich

Camino despacio aproximándome a la barandilla de piedra del balcón, hasta que mi cadera topa con ella y mi mano izquierda se apoya en la fría y rugosa superficie.

Observo con satisfacción como todo está preparado; abajo el coche oficial aparca con gran puntualidad.

Los primeros rayos de sol comienzan a insinuarse tímidamente sobre el manto nuboso. Fumo tranquilamente mi Caliqueño; posiblemente el último que consuma en esta casa por mucho tiempo. El denso humo asciende rápidamente a pesar de no haber ni una pizca de viento; sigue subiendo hacia el cielo como buscando huir lo más lejos posible, tal y como deberíamos hacer todos.

Oigo los tacones de mi esposa. Pisada firme, segura y serena. Me giro para recibirla.

A pesar de mantener su porte, se la ve visiblemente afectada.

—Radu está desayunando y las maletas están preparadas.

—Dile al criado que las cargue, daos prisa en bajar, debemos partir ya.

Ella se da la vuelta y se adentra en la casa de nuevo. Comienzo a descender las escaleras.

El criado está colocando nuestro equipaje en el maletero.

Tomo posición en el asiento del conductor, me acomodo, muevo el retrovisor hasta calibrarlo bien, ajusto el asiento... Al poco rato, llega mi esposa con nuestro pequeño hijo de la mano. Suben y arranco el motor.

Aún es pronto pero la luz comienza a hacerse evidente. Hay que darse prisa en salir de aquí. Circulo rápido por la ciudad. Cuando me acerco a puestos de control le doy fuerte a la bocina y no disminuyo lo más mínimo

la velocidad.

Los soldados se apartan y saludan al coche oficial.

Pronto abandonamos la urbe; la carretera está vacía, frondosos árboles a los lados...

Ya quedan muy pocos kilómetros para salir del país.

Diviso las casetas de la frontera. Una barra y varios soldados cortan el paso. Doy un largo bocinazo. Los primeros comienzan a recular un poco pero la barra se mantiene inerte. Reduzco la velocidad y asomo la cabeza por la ventanilla.

—¡Abrid paso, soy un alto cargo del partido!

Un oficial camina hacia a mí, su fusil queda justo a la altura de mi cara.

—Las fronteras están cerradas, no puede pasar.

—Hijo, no contradigas al partido, levanta la barrera. —Le indico sosteniendo con una mano mis credenciales políticas bien alto.

—Bájese del coche, señor. —Me indica fríamente.

Caminamos distanciándonos un poco en dirección a los árboles. El oficial se detiene, su arma no para de apuntarme.

—Usted sabe muy bien que hay orden expresa de no dejar pasar a nadie por la frontera si no es con la autorización directa del alto mando o un general.

Extraigo un fajo de billetes del bolsillo de mi chaqueta y lo introduzco dentro de un bolsillo a la altura del pecho del oficial.

—Joven soy un alto cargo, si quieres tener una buena carrera aquí, será mejor que no me retrases más.

—Señor, no sé si ha visto los cadáveres a los lados de la carretera viniendo hacia aquí.

La situación es muy seria. Yo estoy aquí para cumplir las ordenes.

Sin salvoconducto no puede pasar.

Los soldados del puesto nos observan con curiosidad desde una distancia prudencial.

El oficial tiene la mirada perdida entre los árboles, como dudando si pedirme que le acompañe a internarnos por la arbolada.

Da un vistazo al vehículo oficial y me pregunta por la mujer que hay dentro.

—Es mi esposa. —Respondo.

Caminamos de nuevo hacia mi vehículo. Al llegar a su altura el oficial indica:

—Tengo que interrogar a esa bella mujer, espere aquí.

Se acerca a la ventanilla y hace bajarse del coche a Ludmila.

Me mantengo firme frente al coche, veo cómo los dos caminan hasta llegar a una caseta y entran dentro. Los minutos pasan, lentos, largos. Enciendo un cigarro

para calmar la ansiedad. Radu juega con su muñeco ajeno a todo.

Los soldados cuchichean en voz baja, intercambian miradas, me señalan... No me he sentido tan incomodo en la vida.

Por fin se abre la puerta de la caseta. Ludmila sale, lenta, temblorosa, con la cabeza gacha, aguantando su rasgado vestido con una mano.

El oficial la acompaña sonriente. Todos los soldados parecen complacidos con la escena, me miran con burla.

—Bueno, parece que todo está en orden, podéis pasar por esta vez.

Subimos al coche y nos ponemos en marcha de nuevo. Un sonriente militar sube la barrera y salimos de ese maldito sitio en dirección a la calma, lejos

del peligro, la barbarie y la humillación.

Capítulo 3

Ludmila

Estoy sentada en mi tocador, quizás por última vez. Miro atentamente a mi reflejo al otro lado del espejo, el cual me devuelve una mirada inquisitiva. Todo irá bien, no pasa nada, pronto saldremos de aquí. Lo importante es mantener la serenidad. Voy a arreglarme a conciencia y mostrar un aspecto bien digno. Selecciono entre las cajitas unos brillantes pendientes muy elegantes. Respiro hondo y termino de prepararme; sólo unas gotas de perfume y acabará el ancestral ritual que las mujeres siguen para potenciar su belleza y sentirse fuertes para combatir al mundo. En la cama están las maletas abiertas con todo lo que considero imprescindible, bien ordenado y colocado. Doy un último vistazo y las cierro.

Bajo a la cocina, Radu está vestido y comiendo con apetito.

—Señora, ¿que le preparo?

—No puedo comer Thiana, un café quizás, gracias.

—Ahora mismo señora, siéntese y yo se lo llevo.

—No sé qué va a suceder a partir de ahora Thiana, estoy preocupada.

—Tenga señora, pruebe una galletita al menos.

Doy unos sorbos rápidos al aromático café. Ni siquiera presto atención a la galleta que gentilmente dispuso la sirvienta en el platito.

Salgo en busca de mi marido para comunicarle la situación.

Lo encuentro en una terraza. No me cuesta mucho, pues el aroma de sus puros le precede.

Parece tranquilo, como siempre, lo tiene todo controlado. Como buena metáfora de su vida, organiza todo a su antojo desde una posición elevada.

Él se gira lentamente antes de que acabe de hacer entrada en la terraza.

—Radu está desayunando y las maletas están preparadas.

—Dile al criado que las cargue, daos prisa en bajar, debemos partir ya.

Asiento y regreso al interior de la casa. Doy indicaciones para que carguen el equipaje en el vehículo que está aparcado en el patio de la entrada.

Regreso a la cocina.

—Vamos Radu, tenemos que irnos, despídete de Thiana, pero antes ven. ¡Mira que tienes la cara sucia!

Le limpio la carita con un pañuelo al pequeño sonriente y este se lanza contra la criada para darle besos. Me acerco a Thiana y la abrazo fuerte.

A pesar de la calidez del gesto, un escalofrío me recorre la médula.

—Cuídese mucho señora. —Me dice sin separar su mano de mi hombro.

—Quedaos dentro de la finca y no salgáis para nada estos días, hay abundantes provisiones. No se os ocurra abrirle la puerta a nadie, estos serán tiempos peligrosos.

—No se preocupe señora, mucha suerte en el viaje. Nos veremos pronto.

Nos volvemos a abrazar y paso mi mano por su espalda, como si así pudiera transmitirle todas las fuerzas que va a necesitar.

Tomo a mi hijo de la mano y caminamos hacia el patio.

Mientras bajamos los escalones de la gran escalera central, miro a mi alrededor y me vienen a la mente todos los momentos felices que hemos vivido entre las paredes de la villa familiar. Intento poner en su sitio al nerviosismo y la melancolía y acelero un poco la marcha. Vadimovich lleva un rato dentro del vehículo y está listo para partir. Una vez dentro, me aseguro de que Radu está bien situado.

Revuelvo en mi bolso de mano y saco uno de los juguetes favoritos de mi hijo, un erizo de color azul. Se lo entrego y le confiero una misión:

—Tienes que cuidarlo con valor, protegerlo y hablarle para que no tenga miedo, ¿entendido?

—Sí. —Confirma Radu.

—Nos vamos. —Informa mi marido.

El vehículo circula veloz por las calles de la ciudad. No hay casi tráfico a esta hora, toda la población se convirtió en poco tiempo en un auténtico caos.

Hay abundantes puestos de control militares que limitan el acceso a las diferentes partes, pero nadie osa pararnos. Todos los uniformados se apartan y saludan al paso del coche oficial.

Pronto, cambiamos el paisaje urbano: las trincheras, las casas quemadas y los disturbios por frondosos árboles y serenidad.

Encontramos un último control, el fronterizo; estamos ya bien cerca de nuestro destino.

Esta vez, a pesar de las protestas de mi marido hemos de detener el coche.

Un hombre armado atiende a Vadimovich y le hace bajar.

Caminan alejándose un poco. Mientras parece que negocian, me centro en calmar

a Radu. Los dos hombres regresan pronto, Vadimovich se mantiene de pie fuera del coche, el militar me indica que baje del vehículo.

Se me hace un nudo en la garganta y noto la sequedad del Sahara en mi boca.

Abro la puerta y me incorporo fuera. El hombre armado me indica que le acompañe. Comienzo a caminar y miro a mi marido. Permanece de pie, inmóvil. Me devuelve una breve mirada, durante unos pocos segundos, que no se interpretar.

Nos acercamos a una caseta del puesto fronterizo, el corazón se me acelera a cada paso y una angustia se apodera de mí, no puedo hacer otra

cosa que seguir avanzando inexorablemente hacia mi destino mientras mi cabeza se arquea hacia abajo.

El joven militar abre la puerta y me hace señas para que entre. Me muevo sin resistencia, con resignación. Oigo el ruido de la puerta cerrándose detrás mío, también el ruido del pasador asegurando que nadie va a entrar. El militar coge un taburete y lo pone en medio de la estancia.

—Siéntese. —Indica con voz fría.

Lentamente accedo en silencio. En un breve vistazo contemplo una estancia sencilla, con apenas algunos escritorios llenos de papeles y tazas sin ningún tipo de orden.

Mantengo la mirada baja, no quiero mirar a mi interlocutor que pasea por la estancia mientras habla.

—Señora, su marido es un completo imbécil. Con su prepotente actuación ha arrastrado a toda su familia a la muerte. Este es un momento muy complicado y las órdenes son muy estrictas.

Después de dar algunas vueltas, se detiene frente a mí. Se retira en busca de otro taburete y lo sitúa muy cerca de mí, se sienta quedando a pocos centímetros de mi cara.

—Tu... eres Ludmila, ¿Verdad?

Levanto la mirada sorprendida.

—Eres pianista del Orfeón de Música.

Asiento con la cara sin decir nada. El toma mi mano izquierda con la suya y un pequeño espasmo recorre mi cuerpo.

—Tocas muy bien, me encanta oírte... mi esposa es Mirna, ella toca el arpa. —Dice mientras suelta mi mano para mi alivio.

—Sí, la conozco... —consigo decir con voz débil y la boca pastosa.

El joven inspira aire profundamente y después lo exhala muy despacio. Tras esa pausa reanuda la conversación.

—Su marido, nos ha puesto a todos en una situación incómoda. Acaba de desafiar mi autoridad a la vista de mis soldados. No puedo permitir que se me ponga en duda.

Si perdiera el respeto, perdería rápidamente el control de los soldados, que se amotinarían. No os puedo dejar pasar así como así y tampoco os quiero matar. La única opción que tenemos, es esta...

Alarga su brazo hacia mí y agarra fuerte uno de los tirantes de mi vestido. Con un rápido y violento estirón lo rompe dejando maltrecha la prenda.

No puedo evitar un pequeño grito de sorpresa y miedo; el pulso se me acelera y el corazón me da un vuelco.

Intento sujetar como puedo la tela para taparme mientras cierro los ojos y tiemblo.

—No se preocupe —prosigue el militar —no le haré nada. Como le explicaba antes, su marido ha comprometido mi autoridad y no puedo permitirme parecer débil ante mis hombres.

Si pierdo el respeto, pierdo el control del puesto. Así que debo demostrar mi autoridad sobre ese cretino, y que mejor manera que demostrando que puedo hacer lo que quiera con su esposa.

Tras un breve silencio, añade:

—Ya puede regresar al vehículo. Espero que tengan un buen viaje; pero he de pedirle, que no le cuente nada a su marido de lo aquí sucedido, al menos hasta mañana.

Me dirige una mirada inquisitiva y sin responderla, asiento con la cabeza aún cabizbaja. La puerta se abre y el joven me insta a salir. Cruzo lenta y temblorosa el umbral de la puerta. Los soldados miran curiosos y alegres haciendo gestos pícaros entre ellos. Mi marido sigue de pie frente al coche fumando un cigarrillo.

Avanzamos hacia el vehículo oficial, las piernas aún me tiemblan un poco y aguanto como puedo el vestido. El militar nos indica que podemos subir. Sonriente comenta en voz alta y con tono irónico.

—Bueno, he comprobado que todo está en orden; podéis pasar, por esta vez.

Vadimovich pone en marcha el motor de nuevo y la barrera que bloqueaba el paso se levanta. Salimos rápidamente del puesto bajo la atenta mirada de la guarnición.

Durante el resto del viaje, no dirijo una sola palabra a mi marido. No sé si por obediencia a las palabras del militar o por mi propia indignación. De hecho, decido no dirigirle la palabra durante el resto del día. Hoy dormiré con Radu.